

---

---

## CAPÍTULO V.

A. Gil y Agudo.

Aquella noche no durmió. Javier tan tranquilo como Matusalem, porque lo sorprendió el día devanándose los sesos por encontrar la manera más breve de entablar amistad estrecha, íntima, tierna, con el hombre que se atrevía á disputarle la posesion de tan bella criatura, y sea por lo limitado de sus alcances, ó por ofuscacion del momento, ó porque la cosa fuera más difícil de lo que al pronto parece, ello es que el enamorado caballero no daba en el *quid*, y lo que es más, cada vez le parecia ménos accesible la amistad de aquel pobre diablo oscuro y desconocido, cuyo nombre ignoraba.

Se le ocurrian mil medios y mil dificultades; el medio más sencillo y más ejecutivo



era ir y buscarlo en su misma casa, presentándose en ella con toda franqueza. Para esto necesitaba un pretexto cualquiera; por ejemplo, decía: «Necesito un jóven de buena presencia y finos modales para que me sirva de secretario y se encargue de mi correspondencia y de mis asuntos; me han encaminado aquí, y yo mismo vengo á proponerle á V. este empleo, en el cual disfrutará de un sueldo decente y de las debidas consideraciones. Aunque lo raro del caso lo sorprenda, porque los beneficios no caen así por la chimenea, parece muy natural que acepte una posición que no por ser inesperada deja de ser ventajosa, y en tal caso el negocio me sale redondo; pues me será fácil hacerle mudar de domicilio, dándole habitacion en mi propia casa..... Mas debemos pensarlo todo, y aunque no es probable, es posible que rehuse..... y áun así..... quiere decir que algo hay hecho, vencida la dificultad de la primera entrevista.»

La idea debió parecerle completa, pues comenzó á vestirse con ánimo resuelto de ponerla inmediatamente en planta. Mas de

pronto se detuvo exclamando: «¡Qué disparate!..... es imposible. En primer lugar, no sé cómo se llama, y esto es indispensable para ir á su casa, porque al abrirme la puerta he de preguntar por alguien..... Pero estoy estúpido esta mañana..... eso lo averiguo en el acto; el comisario de policía del barrio me dará todos los datos que necesite.»

Sin embargo no quedó satisfecho de su perspicacia, porque hizo un gesto de disgusto tan expresivo, que dejaba traslucir claramente que habia tropezado su plan en un nuevo obstáculo más grave que el que acababa de vencer.

«Yo sé, dijo hablando consigo mismo, que esos amores del diablo no han pasado todavía de los preliminares; esto es, de las primeras miradas y de las primeras sonrisas, pero despues de las primeras miradas y de las primeras sonrisas vienen á escape las primeras palabras..... hay, pues, que anticiparse á este peligro, que me parece inminente; mas es el caso que yo no puedo ir á buscarlo..... Ayer, huyendo de mí la ingrata, se me perdió de vista; creí que se habria entra-



do en su casa; pero cá, se habia metido en la portería de la casa de enfrente á charlar con la portera, que segun Juana, es una mujer que en todo se mete y que todo lo habla. A charlar con la portera y de paso á facilitarle al otro el camino de que le diga..... algo..... ¡Qué mujeres!..... ¡qué mujeres!..... Resultado, que no puedo ir á esa casa sin exponerme á ser descubierto, y aquí es indispensable que ese maldito rival empiece á ser mi íntimo amigo sin que Magdalena lo sepa..... y aunque ya no le será tan fácil volver á la portería, ¿quién me dice á mí que la portera no puede ir á su casa y cantar de plano? porque ya se ve, en aquella calle todo el mundo debe conocerme.»

Despues de este monólogo, dicho palabra por palabra delante del espejo, ante el que arreglaba sus cabellos y atusaba sus bigotes excesivamente rubios, se quedó pensativo..... porque..... se le habia ocurrido una nueva idea.

Pensó por un momento que lo mejor de todo era hacer que Juana se mudára de casa; pero no le satisfizo, porque inmediatamente

comprendió que Magdalena le daria de algun modo noticia de su nueva habitacion, y si no era así, él se daria buena maña á averiguarla, y si no se hacian guiños de ventana á ventana, se harian muecas de la ventana á la calle, lo cuál era lo mismo, ó peor, porque no pudiendo verse tan cómodamente, apelarian al recurso de escribirse; no faltaria ocasion para alguna cita, y entónces era asunto perdido.

Como se ve, Javier discurría minuciosamente, y no se dirá que no pesaba y medía todos los pormenores favorables y adversos, si no con gran lucidez, á lo ménos con decidido empeño de acertar con el medio más seguro.

Al fin volvió á su primer pensamiento, es decir, al pensamiento de Matusalem, que indudablemente era el mejor, el que más aseguraba un éxito completo.

El hermano de la Marquesa, especie de D. Juan Tenorio de su tiempo, tenía de las mujeres una opinion no del todo desencaminada; daba por cosa segura que, abandonada Magdalena de aquel hombre que se le



habia metido en la cabeza, sentiria el despecho del primer desengaño, y su amor naciente se convertiria en ódio, y cuando una mujer odia al hombre á quien al mismo tiempo quiere, está en disposicion de dejarse amar por toda la mitad del género humano.

Javier conocia algunas víctimas de esos desengaños, y calculaba que por hermosa que fuera Magdalena no dejaria por eso de ser una mujer como todas las mujeres..... Las mujeres perdonan fácilmente una infidelidad, pero suelen no perdonar una ingratitud, y para ellas son ingratos, son infames, no los hombres que las engañan, sino los hombres que las desengañan. Al hombre que por ningún concepto vale más que la mujer, le sucede lo mismo.

Esta última reflexion no la hizo Javier; la hago yo, para que el lector no se tome el trabajo de hacerla.

Ciertamente un desengaño sería para Magdalena un golpe terrible, pero tal vez su corazón confiado y tierno no creyera en él, y entonces el hermano de la Marquesa perderia el tiempo, porque ella viviria con

la esperanza de volver á encontrar al que habia perdido. Tambien era posible que herido su corazón por la crueldad del desengaño, se cerrara su alma afligida á otro nuevo sentimiento. Podian suceder, en fin, muchas cosas imprevistas; pero Javier no tenía ojos para verlo todo, y quedó plenamente convencido de que el éxito completo de su empresa consistia en alejar á aquel hombre de Magdalena, haciéndolo desaparecer de la noche á la mañana, sin que ella tuviera conocimiento del caso, ni indicio ni sospecha alguna.

Después de tanto reflexionar, se encontraba al principio, porque la gran dificultad estaba en el primer paso.

Mas en rigor, lo que él no podía hacer podia hacerlo otro; una persona hábil y discreta desempeñaria perfectamente la comision, yendo á proponerle á su rival el empleo de secretario, y nada más probable, conduciendo el asunto con habilidad, que el pobre muchacho agradecido se apresurara á venir á su casa, aunque no fuera más que á darle las gracias; é inmediatamente que pensó esto, dijo:



—«Justo..... justo..... No hay que pensar más..... La única persona que puede arreglarme este asunto es el mismo Matusalem.»

Habia concluido de vestirse y fué á pedir el coche para salir en busca de su amigo, cuando un criado entró anunciándole la visita de un caballero.

—¡Un caballero!..... exclamó enojado; ¡un caballero!..... ¿Y quién es ese caballero? ¿acaso se le ha perdido el nombre?

—No lo ha dicho, le advirtió el criado, encogiéndose de hombros.

—No lo ha dicho; es claro, por eso es preciso que V. se lo pregunte.

El criado salió, y volvió á entrar inmediatamente con una tarjeta en la mano.

Al verlo Javier, le dijo:

—Hoy está V. bastante torpe..... ¿No ha tenido V. nada en que traerme esa tarjeta?

El pobre lacayo volvió á encogerse de hombros pensando en dónde podría llevar la tarjeta mejor que en la mano; duda que se comprenderá fácilmente cuando se sepa que este criado era nuevo en la casa, y no habia tenido tiempo de advertir que las tarjetas se

presentaban á los señores en una bandeja, por lo ménos de plata.

Así se lo hizo entender su amo, en vista de lo cual, y convencido al fin de su torpeza, salió de nuevo, volviendo á entrar otra vez con la tarjeta en una preciosa bandeja de plata primorosamente cincelada.

Entonces tomó Javier la tarjeta con su mano, no precisamente bella, pero sí blanca y suave, como la mano de una niña, y la acercó á sus ojos, exclamando:

—¡Demonio!..... ¡qué dice aquí!

En efecto, la letra en que estaba litografiado el nombre era una letra casi imperceptible, cuyos diminutos caracteres parecían una línea de puntos. Despues de restregarse los ojos dos ó tres veces pudo Javier descifrar el enigma, leyendo:

A. GIL Y AGUDO.

—Hé aquí un nombre que se pierde de vista, dijo, poniendo la tarjeta sobre el mármol de la chimenea..... Gil y Agudo, buen danzante..... No esperaba semejante visita.



pero..... puede servirme. Y volviéndose al criado que esperaba sus órdenes, añadió: Dí-gale V. que pase.

Un instante despues apareció en la puerta Gil y Agudo perfectamente encerrado en un gaban negro; gaban ó levita, ó más bien las dos cosas á la vez. De seguro le habria dicho al sastre: Hágame V. una cosa que me abrigue, sin que precisamente sea un abrigo.

La nariz resueltamente aguileña daba á su rostro cierta semejanza á la cara, si podemos llamarla así, de un ave de rapiña..... los ojos eran penetrantes, la sonrisa afable.

Parecia más viejo que jóven, y era más bien alto que bajo, más bien flaco que gordo, moreno, perfectamente afeitado y calvo.

Se apoyaba en un baston enorme, sobre el que descansaba su mano izquierda, mientras la derecha sostenia el sombrero cogido por el ala á la altura de su pecho.

—Apénas lo divisó Javier, le gritó:  
Adelante, amigo mio, adelante.

Antes de dar el primer paso, Gil hizo una cortesía, que no me atreveré á llamar graciosa, pero sí fácil, como hombre flexible,

acostumbrado á doblar y á erguirse, segun el caso y las circunstancias.

—Al leer mi tarjeta, dijo, entrando con paso seguro, habrá V. dicho: No esperaba semejante visita; pero un amigo es siempre un amigo.

—Cierto, exclamó Javier, sin atreverse á tenderle la mano, porque veia que Gil y Agudo tenía las dos suyas ocupadas, la una en el sombrero y la otra en el baston, medio de que al parecer solia valerse para no ser nunca el primero en dar la mano á nadie.

—Pero, añadió, sentiria en el alma interrumpirlo á V. en alguna ocupacion importante, ó detenerlo á V. más tiempo del conveniente, cuando quizá ó sin quizá reclamen su presencia negocios graves..... porque..... ya se ve, el hombre se debe á su posicion, y cuanto más elevado es por lo ilustre de la sangre, por el rango, por la fortuna ó por el talento, parece que está más obligado á defender los principios seculares de una sociedad, á la que al fin y al cabo todo se lo debe..... Así es que..... repito, sentiria en el alma privarlo á V. de un tiempo precioso.....



tanto más, cuanto que mi visita no tiene otro objeto que saludar á un amigo querido, á quien no podemos ver todos los días.

No hizo mucha gracia á Javier este exordio, que lo mismo podia ser una lisonja que un reproche; pero conocia las pretensiones dogmatizadoras de la persona que tenía delante, y en vez de enfadarse se echó á reir, diciendo:

—Bueno; miétras el mundo arregla sus cosas como las tenga por conveniente, deje usted ese sombrero y siéntese, que los principios seculares de la sociedad no echarán de ménos el tiempo que perdamos fumando un buen cigarro..... porque..... no debemos hacernos ilusiones, nuestra sociedad está perdida.

—Ustedes, replicó Gil y Agudo, ustedes, los que se hallan arriba, los que han alcanzado los favores de la fortuna, serán los responsables ante la historia.

—No me aterra el tribunal ante el que usted me emplaza; mas si su fallo nos fuera desfavorable, crea V. que sería injusto, porque éste no es, rigurosamente hablando, nues-

tro tiempo..... Nosotros pasamos; ahora le toca á la clase media; ella es hoy la reina del mundo, y nosotros no podemos hacer más que ir viviendo.

—¡La clase media, la clase media! exclamó el Sr. Gil arqueando las cejas; y jugando con el vocablo, añadió: clase media es lo mismo que media clase; ni *fa* ni *fo*..... el triste reinado de las medianías envidiosas, el culto de los intereses del momento, el egoísmo, la codicia y el miedo..... ¡Ah! lo que no haga la nobleza, que ya no puede hacer nada, lo hará la plebe, que quiere hacerlo todo, y si no está ménos corrompida, es siquiera más valiente.

—Malas deben andar las cosas, Sr. Gil, cuando tan sombríos hemos amanecido esta mañana.

—No andan bien y cada día han de andar peor.

—¿Pues qué hay..... qué hay de nuevo? preguntó Javier.

—Lo de siempre, contestó su amigo, aspirando una soberbia bocanada de humo, que salió por sus narices como por los caño-



nes de una chimenea puestos boca abajo.

—¿Se conspira, eh?

—Por supuesto..... hace mucho tiempo que vivimos en estado de conspiracion, bajo el doble estado de sitio de los gobiernos y de los conspiradores; pero ya se ve, cada vez la cosa va siendo más séria.

—Y bien, ¿qué demonios hace la policía?.....

—La policía..... es la policía.

—Si no es útil, ¿para qué se tiene?

—Se tiene, porque es preciso tener algo.

—¿Algo inútil y caro?

—Sin duda; pero desde que los hombres de bien no sirven para nada, desde que son tan cobardes, que no se determinan ni á defenderse, ha sido preciso apelar al recurso de la policía.

—¿Y para qué?.....

—Para hacer que hacemos, y es claro, ha tenido que formarse por punto general de gente *non sancta*; no habiendo hombres de bien que oponer á las maquinaciones de los malvados, ha sido preciso oponer pillos á pillos.

—Pero bien, ¿qué hay? volvió á preguntar Javier. ¿Qué regimiento está en puerta?..... ¿qué ilustre general se va á echar á la calle?

—De todo hay; mas todavía no se entienden bien..... falta dinero.

—De manera que la cosa no es inminente.

—No.....

—Entónces rueda la bola.

—Ya sabe V., dijo A. Gil y Agudo, que yo no soy hombre político, ni nada tengo que perder en los trastornos que sobrevengan; pero no puede uno ser indiferente á ciertas cosas. Por ejemplo: hoy tiene V. al Gobierno empeñado en sostenerse contra viento y marea; desde que *El Oriente* lanzó el famoso artículo, el ministerio debió haberse retirado.

—Mientras tenga mayoría.....

—Sí, ¿pero qué hace con mayoría y sin empréstito?..... porque lo que es el negocio ya no pasa..... Y..... hombre, ¡vió V. que artículo tan admirable!

—Ya lo creo..... fué un golpe terrible.



— El director de ese periódico tendrá un talento de primer orden.

— Es muy listo y muy amigo mio.

— ¡Sí, eh?.....

— Mucho..... fuimos compañeros de universidad; por cierto que perdimos todos los años..... él siempre le tuvo afición á los periódicos; pues á pesar de eso..... le aseguro á V. que no lo creia capaz de haber escrito un artículo tan brillante..... Mucha gente duda que sea suyo.

— ¡Qué disparate!..... exclamó el Sr. Agudo. ¡De quién habia de ser!

— Por supuesto.

— ¡A qué habia de ocultarse el autor de un artículo que por sí solo hace la reputacion de un hombre?

— Claro está.

— Yo tengo pasion por los hombres de talento.

Javier se levantó á mirar la esfera del reloj de bronce que latia sobre la chimenea, y al ver la hora hizo un gesto de impaciencia, que Gil no habria visto si el espejo, al cual miraba casualmente de reojo, no se lo hubie-

ra hecho ver con esa inocencia con que los espejos repiten todo cuanto se pone á su alcance. Así es que levantándose á su vez, repitió:

— Sí señor; tengo pasion por los hombres de talento. Los admiro, añadió, cogiendo el sombrero..... En fin, mis viajes por Europa no han tenido más objeto que el de conocer personalmente á los hombres más ilustres, no así como quiera, sino conocerlos y tratarlos; siempre encontraba algun amigo que me presentára á ellos..... Pero basta de visita.

— ¿Se marcha V. ya?..... preguntó Javier.

— Sí, amigo mio; su conversacion de V. es encantadora, pero..... de lo bueno poco.

— Espere V. y saldremos juntos.

— ¡Ah! ¿V. tambien sale?.....

— Sí.

— En efecto, ahora reparo que está V. vestido *de calle*.

— Tengo que ver á un amigo ántes de almorzar.

— ¿Será ese amigo acaso el director de *El Oriente*?



—No.

—Lo siento.....

—¿Por qué?.....

—Porque es un hombre de talento y tengo hambre de conocerlo y de tratarlo, y V. me presentaría á él. Supongo que no tendrá usted inconveniente en ello.

—Ninguno; mi amigo recibirá una satisfacción, pues siempre son lisonjeras esas presentaciones. Si estuviese ahora en la redacción, lo veríamos al paso.

—¿Lleva V. ese camino?

—Precisamente.

—Entonces aprovecho la ocasión que se me presenta.

Javier pidió el coche, que estuvo al punto al pié de la escalera, y ambos amigos, porque los dos eran antiguos conocidos, se dejaron llevar al gran trote de dos arrogantes yeguas, que según decía el mismo cochero, devoraban las calles.

Pronto llegaron á la puerta de la redacción de *El Oriente*, se apearon y subieron; Gil cogido al brazo de Javier.

No son las redacciones de los periódicos

sitios muy *comfortables*; suele hacer en ellas mucho calor en el verano y mucho frío en el invierno. Una mesa redonda como la de un café ó como la de una fonda, tres ó cuatro tinteros siempre modestos, como la virtud y como el talento; várias plumas, unas de acero y otras de ganso, según la forma de letra de cada uno; gran acopio de obleas para pegar, grandes tijeras para cortar, muchas cuartillas de papel blanco, sobre las que nunca faltan más ó ménos borrones; muchos periódicos esparramados por el suelo, rotos, pisoteados y escupidos, mucha conversacion con toda clase de palabras, mucho humo de toda clase de tabacos, y ni un libro siquiera, forman por lo comun la base obligada, el pié forzado, esto es, la piedra angular de la redacción de un periódico.

Las hay más lujosas, y las hay más modestas, pero siempre partiendo del desorden de esa mesa redonda, sólo comparable al cajón de un sastre, al rededor de la que, talentos casi siempre ignorados ilustran al mundo conocido, dirigiendo la opinion pública, de la cual á la vez son ecos.